

El Reloj de Bolsillo

Ezequiel Urrutia Rodriguez



Capítulo 1

El Reloj de Bolsillo

La cálida brisa primaveral acarició el Centro junto con la avalancha de autos que pasaban por la Alameda. Ahí, sobre un mesón lleno de chucherías y relojes estaba yo, una redonda y chata pieza de cobre colgada de una cadena.

Miré a las personas pasar una y otra vez y tuve la impresión de que alguien los persiguiera, porque corrían de un lado a otro sin siquiera notar que tenían a alguien al frente. ¿De qué huyen tanto? ¿Qué lugares son tan importantes que no pueden llegar tarde? Igual que con el chiste del hombre que encuentra a su amigo en la calle, le pregunta que para dónde va y él responde: ¡No sé, pero voy apurado!

Sé que para mí sería fácil decirlo y reírme de las responsabilidades de los humanos, después de todo soy un reloj. Pero aunque no tenía una sola queja sobre mi forma había algo que me inquietaba, todos los jóvenes e incluso los adultos que pasaban por ahí tenían los ojos pegados a sus teléfonos móviles, ya nadie llevaba un reloj en su mano, ni menos en su bolsillo. Era frustrante, la envidia me corroía los engranes y se me retorcían las agujas de ganas de ser un iPhone, y así tener esa luminosa pantalla llena de programas, juegos, música; pero no, resulté ser un anticuado trozo de números y ruedas.

Pero ese día pasó algo inusual, vi a un chico nuevo con cara de despistado vagando por la acera, se paró frente al mesón y me miró fijamente. ¿Qué miraba tanto? ¿Nunca en su vida había visto un reloj de bolsillo? Al parecer no. Me tocó con suavidad y deslizó su pulgar en mi cubierta, pude verlo sonreír mientras contemplaba mi diseño de corceles y enrollaba mi cadena en su mano.

Cuando oprimió mi botón y vio mis manecillas habló con el vendedor, entonces me tomaron y abriéndome con un cuchillo me colocaron una pila para empezar a trabajar.

Finalmente, después de pagar, el chico enganchó mi cadena al bolsillo de su camiseta y nos fuimos. Tomamos el autobús en una esquina y cuando se sentó estuvo todo el camino contemplándome, sacándome de su bolsillo para marcar la hora, abría mi tapa y me sostenía en su palma como si fuera una especie de burgués, solo le faltaba el terno y el sombrero de copas.

Desde entonces me tiene en el cajón de su cómoda, a veces su hermana se mete a hurtadillas para fisgonear y jugar a la hipnotista, o simplemente para mirarme. Pero cada vez que él sale o está solo siempre me mete a su bolsillo y le acompaño a donde sus pies nos lleven, ya sea a la iglesia o a buscar trabajo, ya no es un niño para depender tanto de sus padres.

¿Y saben qué? tal vez no era un iPhone lleno luces y programas digitales, pero era lo que tal vez, solo tal vez, me hacía especial. Y eso era lo que tal vez él vio en mí, en un simple reloj de cobre que ahora se convertía en su escolta, en su tesoro. En su mejor amigo.